

Roswitha Scholz, *Capital y patriarcado. La escisión del valor*, Santiago de Chile y Logroño, Ediciones Mimesis (Feminarias) y Pepitas de calabaza, 2020, 280 págs.

El libro *Capital y patriarcado. La escisión del valor* recopila una serie de textos de la alemana Roswitha Scholz, escritos desde 1992 hasta la actualidad. Organizados por orden cronológico, esta recopilación a cargo de Clara Navarro Ruiz tiene la virtud de ofrecer en castellano una perspectiva general del pensamiento de una autora lamentablemente poco traducida a este idioma. En particular, la selección de textos que recoge el libro da a conocer la singular aportación de Scholz a la crítica del valor desarrollada por el grupo alemán Krisis y su posterior escisión en el grupo EXIT!. Se trata de la *teoría de la escisión del valor* que, a partir de una relectura de la crítica de la economía política de Marx y su aplicación al desarrollo histórico del capitalismo, analiza la relación entre las dominaciones de género, racial y antisemita y las determinaciones categoriales del capital, precisamente desde los propios límites de la teoría del valor.

Las editoriales Pepitas de Calabaza y Mimesis continúan así su apuesta por hacer accesible en castellano los análisis de la crítica del valor y del carácter fetichista del capital, desarrollada por figuras como R. Kurz, A. Jappe, etc. La específica aportación de Scholz es precisamente el haber desplazado la crítica del valor hacia una crítica de la escisión del valor. Para ello, la alemana parte del diagnóstico de las limitaciones que las categorías de la crítica de la economía política tienen para pensar teóricamente formas de dominación que las exceden, tales como el patriarcado, el antisemitismo o el racismo. Pero, al mismo tiempo, la teoría de la escisión surge desde las categorías de la crítica del valor para considerar la especificidad capitalista de las relaciones de género y raza. El interés de esta aproximación se topa, sin embargo, con la escasez en castellano de textos traducidos directamente del alemán, muchos de los cuales se hacen además desde una generosa disposición militante. De ahí la importancia de esta compilación de textos de Scholz, que ofrece la posibilidad de acercarse a los posicionamientos de la crítica de la escisión del valor de manera ágil. De modo que el libro permite dar a conocer, de forma introductoria y rigurosa al mismo tiempo, el pensamiento de Scholz en el mundo hispanohablante. Pero también tiene interés para generar un enriquecedor debate en torno a su contenido teórico: la relación entre capitalismo y patriarcado, o entre la crítica del valor y la teoría feminista. El interés del debate podría además facilitar futuras traducciones de libros de Scholz.

Como se explica con detalle en el prólogo inicial y en la entrevista con la que se cierra el libro, ambos a cargo de la editora Clara Navarro Ruiz, la propuesta de una metateoría que abarque no sólo las categorías de la racionalidad del capital, sino también aquello que está escindido, pero presupuesto en estas, surge en el contexto intelectual alemán de la crítica del valor, desarrollada desde los años ochenta por el grupo Krisis a partir de una relectura de la crítica de la economía política de Marx y de su aplicación en investigaciones particulares sobre el desarrollo histórico del capitalismo. En este contexto de renovación de la teoría marxiana, Scholz desarrolló una propuesta singular para pensar la relación entre patriarcado y capitalismo a partir de las limitaciones de las categorías de la economía política marxiana, pero en diálogo dialéctico con ellas. El libro *Capital y patriarcado. La escisión del valor* recoge textos que permiten al lector conocer las particularidades de la teoría de la escisión del valor propuesta por Scholz, y cuyos postulados fueron precisamente motivo de disputa entre los miembros del grupo Krisis y de constitución del grupo escindido EXIT!.

La aportación teórica de Krisis había consistido en el desarrollo tanto de una teoría de las crisis como de una crítica del capitalismo en tanto que modelo civilizatorio, a partir de una nueva lectura de la crítica de la economía política marxiana. La crítica del valor entiende el capital como una racionalidad históricamente específica de valorización del valor, que se instituye y hegemoniza como finalidad autónoma de incremento cuantitativo de trabajo humano abstracto y social. El capital, en tanto que movimiento de valor que tiende a su propia autovalorización –al incremento cuantitativo de trabajo abstracto– se autonomizaría como un fin en sí mismo, relegando a un segundo plano la satisfacción de deseos y necesidades humanas. El mecanismo ciego de la reproducción ampliada de capital se impondría así sobre los sujetos en la propia praxis, que reproduce las condiciones de subsistencia individual y acumulación de capital al mismo tiempo. Esta lectura de la crítica de la economía política de Marx señala así la heteronomía que caracteriza las sociedades capitalistas en la medida en que el trabajo abstracto deviene un movimiento autonomizado de los seres humanos con racionalidad propia. La humanidad caería así en una condición de heteronomía en la medida en que no controla conscientemente las relaciones sociales que ella misma ha constituido.

La crítica del valor señala además cómo las condiciones de posibilidad del movimiento autotélico de incremento cuantitativo de valor, de la acumulación ampliada de capital, constituyen una modalidad civilizatoria. El capital requiere para su

reproducción la adopción de diferentes funciones mercantiles que constituyen formas sociales históricamente específicas de integración social, comportamiento y representación, esto es, condiciones de socialización y subjetivación propiamente capitalistas. De este modo, el capital constituye un principio civilizador en la medida en que, para su reproducción ampliada, requiere de formas sociales que los sujetos no eligen de manera consciente y o planificada, sino que se les imponen para la subsistencia material y el reconocimiento social – tales como el salario y la fuerza de trabajo, el capital industrial, comercial o crediticio, los servicios y bienes de consumo como mercancías, la mercancía dineraria, etc.–. Por otra parte, en la medida en que, respondiendo a la lógica de la valorización del valor, el trabajo en su dimensión abstracta y social funciona como principal mediador social, la crítica del valor señala también la existencia de una totalidad social, como ya lo hacía la teoría crítica de Adorno. Así, la crítica del valor recupera la crítica categorial marxiana de las determinaciones lógico-históricas del capital como movimiento autorreferencial de incremento cuantitativo de valor –valor, mercancía, dinero, capital, salario, plusvalor, ganancia, etc.– para desplegar una interpretación crítica de los procesos de modernización en tanto que modelos civilizatorios derivados del geográficamente particular desarrollo histórico del proceso de acumulación de capital y sus límites internos y externos.

En este sentido, la crítica del valor constituye una crítica de los fundamentos lógico-históricos de la heteronomía y la injusticia propia de las sociedades capitalistas, en las que rige el capital entendido como movimiento de carácter tautológico del valor y no como mera apropiación subjetiva de la riqueza (86). Es fundamental para comprender los textos de este libro la explícita distancia que toma la crítica del valor de los postulados del llamado marxismo tradicional –aunque a veces sea a riesgo de caer es una caricaturización excesiva–. La teoría del valor muestra que, lejos de la crítica de la economía política de Marx, el marxismo tradicional habría terminado por comprender el capital como mera apropiación de riqueza por parte de la clase propietaria de los medios de producción. Así, la crítica del capitalismo se reducía a señalar el injusto reparto de riqueza entre capital y trabajo. Centrar la crítica del capital en la crítica de la explotación del proletariado por parte de la clase capitalista habría conducido paradójicamente a la ontologización del trabajo, obviando la particularidad forma histórica del trabajo dual en el capitalismo, pues solo en unas condiciones socio-históricas determinadas puede convertirse en una mercancía con capacidad de generar nuevo valor.

No se trata de quitar importancia o refutar el concepto marxiano de explotación, sino más bien de integrar el conflicto de clase en las formas específicas de dominación histórica que constituye el capital como fenómeno de inversión entre sujeto y objeto y entre esencia y apariencia. La crítica de la economía política se despliega entonces como una crítica categorial del valor, del trabajo en su forma dual moderna, abstracto y concreto, de la forma valor, de la mercancía, el dinero y el capital, en cualquiera de sus despliegues. En este sentido, la crítica del valor imputa al marxismo tradicional, como haría también la lectura de M. Postone¹, de ontologizar el trabajo y de reducir la crítica del capitalismo a la desigual distribución de la riqueza entre clases sociales y, con ello, de dejar de lado la crítica marxiana a la socialidad mediada, heterónoma y fetichista que instaura la expansión del capital como totalidad social. La extensión geográfica de ésta, incluidos sus modos de socialización y subjetivación, lo han convertido en un patrón de civilizatorio de alcance global.

Por su parte, la crítica del valor pone así en el centro de la crítica el carácter fetichista de las determinaciones del capital, tal como lo han hecho otras corrientes de las nuevas lecturas de Marx y ya lo había hecho la teoría crítica de Adorno. La socialidad propia del capitalismo tiene un carácter mediado en la medida en que los seres humanos se relacionan de una manera indirecta a través de “cosas” mercancías que, como portadoras de trabajo abstracto bajo el principio de su incremento cuantitativo en cada ciclo productivo, portan también una forma abstracta y autonomizada de “poder social”. En su forma de aparecerse, la mercancía ocultaría el carácter abstracto, autotélico y mediador del capital como movimiento de valor. La totalidad social, que constituye la lógica de la valorización a través del movimiento del capital en sus diferentes formas, queda oculta así en la forma fenoménica en que se manifiestan las mercancías. Dado que la conciencia inmediata percibe el movimiento de las mercancías como producto de sus cualidades empíricas, se le escapa algo de lo que también son y que explica su movimiento: su carácter de

¹ En el texto del libro, Scholz explica la crítica que, pese a los elementos que comparten en su lectura de Marx, R. Kurz realiza a la interpretación de M. Postone. En ella, se señala que Postone caería en una ontologización del trabajo como proceso metabólico de transformación la naturaleza y la sociedad por parte de los seres humanos, pese a su insistencia en desnaturalizar y desontologizar el trabajo en su forma dual capitalista. Además, Scholz trata de argumentar, a partir de los textos de Kurz, que Postone caería en el individualismo metodológico al sostener su crítica categorial en la figura de la mercancía individual y no contemplar la forma valor desde el capital como proceso global. En este sentido, este libro ofrece al lector interesado en las nuevas lecturas de Marx introducirse a ciertas posiciones encontradas en estas corrientes.

portadoras de ratios de trabajo abstractamente humano y social. La crítica del valor, como las nuevas lecturas de Marx, enfatiza así la importancia que la teoría crítica del capitalismo tiene el carácter fetichista del capital.

Este es el contexto teórico en el que se han de situar los textos de Scholz aquí compilados. A partir del marco de la crítica del valor, precisamente desde sus limitaciones para explicar otras formas de dominación en la propia sociedad capitalista, Scholz trata de hacerse cargo de la especificidad de la dominación de género mediante la incorporación a su análisis de aquello que no se pliega a la categorización de la crítica de la economía política. El desafío que planteó Scholz fue el intento de ampliar la crítica del fetichismo a las actividades reproductivas realizadas por mujeres en el ámbito privado y a los elementos simbólico-culturales y psico-sociales identificados con la feminidad, tales como la crianza, el cuidado, la afectividad, la emocionalidad, etc. En definitiva, se trata de pensar de nuevo la relación entre patriarcado y capitalismo, pero desde el punto de vista de una analítica marxista renovada.

En esta línea, la relación asimétrica entre masculinidad y feminidad no puede pensarse ni como un mero efecto de la agencia de los hombres, ni como mero residuo o reminiscencia de sociedades tradicionales. Pero tampoco como una forma nueva de dominio de clase basada en la apropiación del trabajo femenino impago. Para Scholz, las actividades, símbolos y disposiciones psíquicas asociadas a la feminidad –y al ideal de la mujer– son precisamente las que históricamente, en la constitución de la modernidad capitalista, han quedado escindidas de la lógica de la valorización o, en otras palabras, de la esfera del trabajo abstracto. El ámbito de lo escindido no sería por ello lógicamente deducible de las categorías de la crítica de la economía política, pero, al mismo tiempo, solo sería analíticamente identificable y comprensible en relación teórica e histórica con la expansión de la lógica del valor o del principio de acumulación ampliada de capital.

Aquí el libro podría abrir un debate teórico relevante, puesto que Scholz no conceptualiza lo escindido a partir de cuestiones que han permitido a la tradición marxista pensar elementos que no se pliegan a las determinaciones lógicas, formales o abstractas de la racionalidad del capital y que, sin embargo, forman parte de las condiciones de su reproducción ampliada, tales como: determinación lógica o histórica, trabajo productivo e improductivo, trabajo asalariado o impago, dimensión concreta o formal, relación directa o indirecta con la esfera de la producción o circulación de mercancías o subsunción formal o real, entre otros.

Scholz parece evitar estas nociones al pensar lo femenino –en su dimensión material, simbólico-cultural y psico-social– como lo escindido de la lógica de valorización del valor. Lo escindido, en una línea de pensamiento que trata de ser adoniana, sería aquello no conceptualizable a través de las categorías de la crítica de la economía política, porque no se pliega a la lógica identitaria del capital, pero al mismo tiempo constituye su condición de posibilidad. Scholz no aclara si se trata de una condición lógica o histórica, como ocurre por ejemplo en Marx con la fuerza de trabajo cuando explica cómo siendo una determinación lógica del capital es también una condición histórica. Scholz no plantea en estos términos lo femenino porque, para esta autora, no se puede deducir lo escindido del movimiento del capital caracterizado por la lógica de la identidad, puesto que precisamente se trata de lo que no puede ser captado a través del principio de la identidad. Esta cuestión, que se aborda en algunos textos del libro y en la entrevista final, demandaría la apertura de al menos un debate teórico, tanto en torno a las cuestiones marxianas antes planteadas como a la dialéctica negativa de Adorno.

Si la dominación de género no puede deducirse directamente de la crítica del valor, pero al mismo tiempo no puede pensarse sin ella, es porque para Scholz lo femenino –las actividades reproductivas, las disposiciones psico-sociales y los elementos simbólico-culturales vinculados a la feminidad– se constituye en relación dialéctica con la racionalidad del capital: son elementos derivables de la lógica de la valorización solo en tanto que no pueden plegarse a ella misma, pero sin los cuales no funciona la reproducción de la lógica capital. Esto es lo escindido del valor. Solo en este sentido Scholz considera que las categorías de la crítica de la economía política son androcéntricas. Al plegarse al análisis de la dimensión lógica-abstracta del modelo civilizador capitalista, no son capaces de analizar, visibilizar y criticar formas de dominación que, sin ser las propias de la lógica de la valorización –inversión entre sujeto y objeto, esencia y apariencia, explotación y lucha de clases–, son al mismo tiempo indisociables del impulso modernizador del capital.

La lógica de la valorización implicaría modalidades particulares de socialización y subjetivación patriarcales, pero solo en la medida en que lo femenino se identifica con prácticas, símbolos y disposiciones no identificables con la racionalidad de la acumulación de capital. Por ello Scholz habla de la escisión del valor como una metateoría. Y, –se entiende, pero esto habría que debatirlo– se cuida de no emplear un vocabulario propio de la crítica del valor. Aquí reside la singular aportación, pero también el riesgo de la propuesta, que recoge esta compilación de

textos, cuya lectura invita realmente a una mayor clarificación con otros libros de la autora, que lamentablemente no están traducidos al castellano. Pues uno de los problemas para aclarar aquí es si lo escindido, o lo femenino –material, simbólica y psíquicamente– podría pensarse a partir de las categorías de la crítica de la economía política como algo contrario e incompatible con a la lógica del valor, como algo no subsumible a ella, o simplemente como lo excluido directamente de la esfera de la producción y circulación de mercancías².

Pero, además del patriarcado, la teoría de la escisión trata de explicar también el racismo y el antisemitismo propiamente capitalistas. Aunque esto se desarrolla menos en los textos que reúne el libro, el lector puede encontrar los fundamentos de la interpretación de Scholz del racismo y el antisemitismo especialmente en el segundo texto de libro “Nueva crítica social y el problema de las diferencias. Disparidades económicas, racismo e individualización postmoderna. Algunas tesis sobre la escisión del valor en la era de la globalización”. Lo que comparten estas formas de dominación, y lo que para Scholz las diferencia teóricamente de la dominación “económica” del capital, es que todas ellas se conforman como lo escindido de la lógica del valor, su reverso ineludible. Están escindidas de la racionalidad del capital, pero se derivan de la misma por exclusión y presuposición. Scholz entiende lo escindido como lo que no se pliega absolutamente a las determinaciones lógicas de la valorización pero que, sin embargo, se constituye como una condición necesaria para la reproducción ampliada del capital en el proceso de modernización que implican las determinaciones sociales de ésta.

Esta propuesta de una metateoría, que engloba no solo la crítica del valor sino también la de las formas de dominación que se constituyen como lo escindido del trabajo abstracto, es lo que constituiría la singular aportación de Scholz a la crítica del valor desarrollada por el grupo Krisis. Y es precisamente este desarrollo de la crítica del valor a la crítica de la escisión uno de los elementos que, tras un camino de desacuerdos, desató la ruptura final y constitución del grupo EXIT!, junto con otras diferencias políticas que se relatan en la entrevista del libro. Por ello, la apuesta por recoger en castellano varios textos de R. Scholz, junto con una valiosísima y clarificadora entrevista, constituye una aportación tanto para el debate marxiano como para el feminista. Se ofrece así una panorámica general del pensamiento de

² Una propuesta interesante para pensar el patriarcado desde las categorías de la crítica de la economía política se desarrolla en el artículo de la revista *Endnotes* “The logic of gender. On the separation of spheres and the process of abjection” (S.a, 2013).

Scholz, que permite pensar la relación entre patriarcado y capitalismo en el marco de lo que podríamos llamar una de las corrientes de las nuevas lecturas de Marx.

La elección de textos que conforman este volumen ofrece al mismo tiempo una introducción a los postulados básicos de la crítica del valor y a los planteamientos de la crítica de la escisión desarrollada específicamente R. Scholz. Esto hace que el libro sea interesante tanto para el lector novel en las nuevas interpretaciones de la crítica de la economía política como para el ya iniciado. Al mismo tiempo que ofrece una introducción a las bases de la crítica del valor, desarrolla con detalle los fundamentos de una teoría de la escisión del valor como crítica global, más amplia, de las formas de civilización que constituyen el patriarcado productor de mercancías.

El libro se inicia con un valioso prólogo de la editora Clara Navarro Ruiz, una de las mayores expertas en castellano de la producción intelectual de los grupos *Krisis* y *EXIT!*, en el que con generosidad hacia el lector novel se introduce de manera clara y rigurosa tanto el contexto político e intelectual en el que se sitúa el pensamiento de Scholz, como los postulados básicos de la teoría del valor y, en especial, la crítica de la escisión del valor. El cierre del libro lo constituye una rica entrevista a Scholz, cuya primera parte fue publicada en el número 8 de la revista *Constelaciones. Revista de Teoría de Crítica* (475-502) y que recoge también preguntas de José Antonio Zamora y Jordi Maiso. Para la edición de este libro, Clara Navarro incorpora una segunda parte actualizada con nuevas preguntas a Roswitha Scholz. La entrevista es uno de los textos más interesantes del libro, puesto que en ella se clarifican cuestiones teóricas fundamentales de la crítica de la escisión del valor, pero también el sentido de su gestación y lo que supuso en el contexto intelectual en el que emerge. Cuestiones fundamentales no solo para clarificar su base teórica, sino también para proseguir el debate y la investigación.

Si bien algunos de los textos que componen el libro ya estaban disponibles para el lector hispanohablante, la presente edición ofrece al lector la traducción de dos textos hasta ahora inéditos en castellano. Los tres primeros textos del libro abordan la cuestión que más ha desarrollado Scholz, que ocupa un lugar central en su obra y que constituye su principal aportación. Se trata de la crítica de la escisión del valor como una forma de dar una respuesta a la relación entre patriarcado y capitalismo desde la crítica de la economía política de Marx, pero más allá de los límites de sus categorías. Esta cuestión la abordan especialmente los primeros tres textos del libro: el primer texto “El valor es el hombre. Tesis sobre la socialización del valor y relaciones de género” publicado en alemán 1992 y español en 2019 en

el número 9 de la revista *Sociología Histórica* (866-905)³, el tercer texto “El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género”, publicado en castellano en 2013 en el número 5 de la revista *Constelaciones. Revista de teoría crítica*⁴ (44-50) y, finalmente, el segundo texto del libro, “Nueva crítica social y el problema de las diferencias. Disparidades económicas, racismo e individualización postmoderna. Algunas tesis sobre la escisión del valor en la era de la globalización”⁵, publicado originalmente en 2004 y traducido para la presente edición. Estos tres primeros textos ordenados por orden cronológico, que abordan específicamente la teoría de la escisión del valor, permiten al lector ver el desarrollo del pensamiento de Scholz sobre las formas de dominación de lo escindido de la lógica de la valorización. En los textos que recoge este volumen, la crítica de la escisión se desarrolla especialmente en relación con la dominación de género, mientras que sobre la cuestión del antisemitismo y el racismo ofrece las bases teóricas para su ulterior desarrollo.

Scholz trata de comprender la especificidad del carácter patriarcal de la lógica del capital a partir de la identificación de una relación entre las atribuciones materiales, psíquicas y simbólicas de la masculinidad y las relaciones sociales mediadas por el trabajo abstracto (35). En otros términos, la teoría de la escisión del valor responde a la pregunta de si la socialización del valor tiene un carácter de género particular o si el capitalismo tiene un carácter de socialización de género específico que implica una asimetría relacional entre la masculinidad y la feminidad. La respuesta de Scholz es que sí: “El valor es el hombre, pero no el hombre como un ser biológico, sino como portador histórico de la cosificación de la forma valor” (74). La lógica del capital tiene entonces un carácter específico de género, en la medida en que el trabajo abstracto y la forma valor se constituyen como principios de diferenciación de la masculinidad –tanto a nivel simbólico-cultural, como material y psico-social– frente a aquello que se excluye y se identifica con la feminidad.

Tanto la pregunta como la respuesta de Scholz establecen un nuevo marco teórico-marxista-feminista, que plantea la relación entre capitalismo y patriarcado a partir de una metateoría que surge desde lo que la crítica del valor y la crítica del carácter fetichista del capital no puede hacer inteligible porque sus objetos categoriales lo

³ Traducido del alemán por Clara Navarro Ruiz.

⁴ El texto parte de la conferencia que presentó R. Scholz en la *Sociedad de Estudios de Teoría Crítica* en noviembre de 2013. La traducción es de José Antonio Zamora y Jordi Maiso.

⁵ Publicado originalmente en alemán en *EXIT! Krise und Kritik der Warengesellschaft* (15-43) y traducido para la edición de este volumen por Pablo Faúndez Morán.

excluyen. Esto aleja a Scholz de los términos en que se habían dado los debates de la teoría feminista marxista que, desde sus inicios durante los años veinte y su resurgir tras la crisis de inicios del siglo XXI, pasando por su auge en los años setenta y ochenta, se han centrado en la exclusión y desposesión de las mujeres de las categorías políticas y económicas de la sociedad burguesa, debido al impago de sus actividades domésticas, al sometimiento jurídico al varón o a la precariedad del empleo cuando están asalariadas. La dominación patriarcal específicamente capitalista se explicaba en relación con la desconsideración social y la no remuneración del trabajo doméstico y de cuidado. El peligro de este planteamiento para Scholz sería que mantiene, como el tradicional movimiento obrero, la ontologización y valoración del trabajo, además de reducir el capital a la lucha entre clases sociales en términos de desigual posesión de propiedad privada.

Frente a ello, el planteamiento de Scholz trata de evitar situar a la mujer como un grupo social oprimido por la apropiación subjetiva de la riqueza o como víctima de una violencia simbólica o física por parte de los hombres como sujeto colectivo con capacidad de agencia orquestada. Evita también una explicación del patriarcado como efecto de poderes ideológicos o normativos en la creación de identidades. Para Scholz, sería la extensión de la lógica de la valorización, la socialización del valor como principio civilizador, lo que habría auspiciado la primacía simbólico-cultural y material de la masculinidad frente a la feminidad (32). Con la extensión del capitalismo, lo masculino quedaría asociado a principios de comportamiento funcionales a la lógica de la valorización, tales como el rendimiento, la competencia, la productividad, la fortaleza, la decisión, el cálculo o la eficacia. Estos principios serían los que están directamente vinculados a la lógica del incremento cuantitativo del trabajo abstracto. Aquellos elementos que, aunque necesarios para la reproducción ampliada del capital, no entran a formar parte directamente de la dinámica de acumulación de valor serían los que, desde la modernidad capitalista, habrían quedado identificados como lo femenino, tales como el afecto, la sensibilidad, el cuidado, la debilidad, la irracionalidad, el sacrificio, la caridad, el conformismo, la inestabilidad, la sensibilidad o lo emocional. “Todo contenido sensible que no se puede entrar a forma de valor abstracto, pero que, sin embargo, permanece como una presuposición de la reproducción social, se delega en las mujeres” (37).

En tal sentido, la socialización de valor tendría una determinación patriarcal. Es precisamente aquello que no puede deducirse directamente de la lógica del valor lo

que se asocia históricamente con la feminidad. Sin embargo, pese a que lo femenino queda escindido porque no puede ser conceptualizado con las categorías de la economía política, no por ello deja de estar vinculado socio-históricamente con la lógica de la reproducción ampliada del capital. Es la escisión lo que funda la particular socialización del valor en función de una asimetría entre géneros. Solo desde la totalidad social que constituye la lógica de la valorización se puede pensar, para Scholz, la existencia de un ámbito escindido, disociado del trabajo abstracto, pero que al mismo tiempo constituye su condición de posibilidad. Y entre lo escindido de la lógica de la valorización se encontraría la feminidad, asociada a la mujer como “contrafigura objetiva del trabajo abstracto”, junto con los rasgos asociados a la racialidad no blanca –salvajismo, subdesarrollo o improductividad–.

En este sentido, el machismo no se explicaría como mero ejercicio de dominación subjetiva por parte de los hombres hacia las mujeres. Tampoco sería producto del poder de normalización que tienen ciertos principios y agentes morales para fundar un orden social hegemónico binario, machista y heteronormativo. Más bien, estos serían síntomas de una condición social estructurante en la modernidad que funda el menosprecio objetivo de las cualidades, símbolos y prácticas de aquello que no está vinculado directamente a la praxis de la valorización, y que se identifica con las mujeres como principales sujetos de actividades no directamente productivas y competitivas. Igualmente, frente a otras posturas del feminismo marxista, el patriarcado no se reduce para Scholz a la explotación o al desclasamiento de las mujeres por la desvalorización organizada del trabajo impago de cuidados y reproductivo. De nuevo, esto sería síntoma del carácter patriarcal de la socialización capitalista que pone en valor, en la propia materialidad tanto como en el nivel psíquico-social y simbólico-cultural, las cualidades asociadas a la valorización y que son identificadas con la masculinidad.

La crítica de la escisión del valor rebasa, como metateoría, la propia crítica del valor, visibilizando lo que es una condición de posibilidad de la totalidad social (89). Y, con ello, señala otras formas de dominación, como el patriarcado, el racismo o el anti-semitismo que, aunque no se derivan directamente de las categorías del movimiento autotético del valor, fundan su posibilidad misma. La crítica de la escisión del valor trata así de pensar la (no)lógica que engloba tanto la racionalidad del capital como “el reverso oscuro del valor mismo” (139). En definitiva, la relevancia de la propuesta de Scholz reside en pensar el patriarcado en su especificidad capitalista desde los límites de la crítica del valor, para analizar otras formas de do-

minación que no sean solo las deducibles desde las categorías del movimiento del capital –la inversión sujeto-objeto, la relación de clases o el carácter fetichista del capital en todas sus determinaciones–, pero intentando pensar al mismo tiempo el patriarcado o el racismo desde la propia lógica que señala la teoría del valor marxiana.

En este sentido, el libro invita a debatir o desarrollar algunas de las cuestiones abiertas por Scholz. No queda claro en los textos si lo que Scholz plantea como lo escindido de la lógica del valor puede ser pensado como una condición de posibilidad del capital. En principio, para Scholz lo escindido no puede ser una condición lógica, puesto que no se deduce de las categorías de la economía política, pero, entonces, como condición de posibilidad del movimiento del capital, ¿qué estatuto tendría lo escindido?, ¿podría ser una condición histórica? Aquí Scholz elude la repuesta en términos de la crítica del valor –o de la economía política– aferrándose al carácter no idéntico del concepto adorniano frente a la lógica de la identidad que atraviesa el moderno principio de intercambio en la extensión del capitalismo. Pero, el hecho de que el concepto no haya de ser idéntico a sí mismo, ni a su objeto, parece justificar que no se haya de aclarar teóricamente cómo lo escindido se explica a partir de la lógica del capital como lo no-idéntico.

Por otra parte, el modo en que Scholz plantea la diferenciación entre la socialización masculina vinculada a la lógica de la valorización y la femenina como aquello escindido resulta algo impreciso en relación con las categorías de la crítica de la economía política. A partir de F. Haug, Scholz ofrece la caracterización de lo masculino y lo femenino elementos como racionalidades contrapuestas: una de ahorro y otra de gasto de tiempo, una susceptible de ser calculada – racional y productiva– y otra no susceptible de ser sometida a criterios objetivos de la eficacia, eficiencia, productividad, cálculo o rendimiento. Una basada en el beneficio y la competencia y la otra vinculada a lo desinteresado, al cuidado y a la emocionalidad. Pero ¿qué ocurre cuando las actividades reproductivas o rasgos de la feminidad se incluyen en el ámbito de la producción y circulación de mercancías?

En esta misma línea, para Scholz la existencia en el capitalismo del binarismo y, más aún, de la asimetría relacional entre los dos géneros, que funda su carácter patriarcal, no parece ser necesaria, pero tampoco meramente contingente. Scholz admite que el patriarcado no es una forma de dominación privativa de la modernidad capitalista, pero al mismo tiempo señala que es en esta época cuando adquiere rasgos que son, no solo cualitativamente distintos, sino mucho más perniciosos

para las mujeres y la feminidad. Según Scholz, el patriarcado se embrutece con el capitalismo, al recluir a la mujer al espacio doméstico de la familia y al denostar las cualidades de la feminidad, pero también en su ulterior desarrollo cuando la mujer y la feminidad se incorporan los ámbitos profesional y político. Más allá de las necesarias precisiones históricas que habría que incluir sobre su consideración de las relaciones de género premodernas, Scholz misma se topa aquí con un problema, del que es consciente, y que su teoría tratar de resolver: el hecho de que las relaciones de género se modifican históricamente dentro de la propia modernidad capitalista.

La teoría de la escisión del valor señala que el patriarcado propiamente capitalista surge con la universalización de la forma mercancía, como exclusión de lo femenino y domesticación de la mujer. Pero el patriarcado que Scholz describe con mayor detalle tiene su mejor expresión en el periodo que comprende desde la Europa de finales del siglo XVIII hasta el mundo global a mediados del siglo XX, cuando la mujer está confinada a la esfera de la familia, excluida del trabajo asalariado y de los derechos políticos y civiles, y asociada a los rasgos de la naturaleza. La escisión de lo femenino –diría Scholz– se materializó especialmente durante el capitalismo fordista (231). Se extiende entonces la conocida dualidad de esferas, pública y privada, vinculada respectivamente a cada uno de los dos géneros hegemónicos en el binarismo moderno. La esfera pública se explica en la teoría de la escisión del valor por su relación con las cualidades de la esfera de la producción y circulación de mercancías, tanto como con las del ámbito de la ciencia y la política, tales como la competitividad, la productividad, la racionalidad estratégica o el rendimiento –convergentes con la lógica de ahorro del tiempo–. Mientras que, por su parte, la esfera personal de la familia se habría constituido en relación con elementos escindidos de las anteriores esferas y vinculados a las actividades reproductivas realizadas mayoritariamente por las mujeres –convergentes con la lógica del “gasto” del tiempo–. La feminidad se identificaría entonces con lo emocional, la sensualidad o el cuidado, cualidades asociadas a las actividades de cuidado, crianza y limpieza. Las exigencias materiales y psico-sociales que recaen sobre las mujeres en relación con el papel que desempeñan en esta esfera, así como los patrones simbólico-culturales de la sociedad, habrían propiciado lo que Scholz denomina el proceso de domesticación de la mujer. De la mujer, tanto de la burguesa como por extensión de la proletaria, se esperaba obediencia y humildad, empatía y caridad, sacrificio y amor. Así, la esfera privada de la familia, como locus de actividades escindidas de la lógi-

ca de la valorización, pero necesarias para la misma, fundaría la hegemónica figura de la mujer como ama de casa, buena esposa y mejor madre.

Cabe preguntarse por qué Scholz no sigue aquí la analítica marxiana, sino más bien la de la teoría feminista, al equiparar la esfera privada con el ámbito personal de la familia y la pública con el ámbito tanto de la política institucional y como con el del mercado laboral y la profesión –ya sea trabajo asalariado o capitalista–. Con ello, Scholz deja fuera la posibilidad de pensar el patriarcado en relación no con dos, sino con tres esferas: la pública estatal, la privada mercantil y la personal familiar.

Por otra parte, el libro muestra cómo Scholz se enfrenta al hecho de que este patrón de relaciones de género patriarcales, que se consolida a mediados del siglo XX, entra en crisis durante la fase posfordista del capitalismo, con lo que la autora llama la posmodernidad. La incorporación masiva de las mujeres al ámbito profesional, el acceso a la formación superior y la posibilidad de movilidad social ascendente, así como la crisis de la familia nuclear heterosexual tradicional y del papel del hombre como sostén familiar, todos estos fenómenos habrían modificado las relaciones de género en las últimas décadas. Y, pese a ello, Scholz sostiene y argumenta que el carácter patriarcal del capitalismo no desaparece. Lo que ocurre es que la escisión del valor en la posmodernidad no se sostiene sobre los dos elementos fundamentales de la modernidad: el trabajo asalariado y la familia nuclear heteronormativa. Ello hace que los roles de género se modifiquen, pese a que el patriarcado productor de mercancías no cese. Esta es su tesis, que se aborda de diferente manera en la evolución teórica que visibiliza la organización cronológica de los textos del libro.

Scholz sostiene que la persistencia del patriarcado capitalista, de la dominación masculina, se expresa en fenómenos como la doble socialización, la desigualdad salarial o el hecho de que sigan siendo principalmente las mujeres las que lleven a cabo tareas reproductivas, aunque ahora estén mercantilizadas, profesionalizadas y retribuidas. Por su parte, la noción de “doble socialización” explica, en los términos de la teoría de la escisión del valor, la tendencial doble carga de trabajo –profesional y doméstico– que ha señalado la teoría feminista. Aunque las mujeres se han incorporado al ámbito profesional, y precisamente por eso, al mismo tiempo siguen soportando una mayor carga de tareas reproductivas –de cuidado, crianza, limpieza, etc.– que los varones. Lo que añade Scholz con la idea de la doble socialización es que los patrones de socialización y subjetivación que afectan actual-

mente a las mujeres incluyen parámetros y expectativas tanto de la feminidad como de la masculinidad. El patriarcado capitalista sigue vigente, pero ahora los roles de género pueden caer indistintamente sobre mujeres u hombres, o ambos sobre una misma mujer o un mismo hombre.

En esta línea, Scholz plantea una hipótesis cuya discusión sería interesante para el movimiento feminista. Se trata de la idea de que a partir de los años ochenta del siglo XX, con las transformaciones posfordistas, se estaría extendiendo un modelo monogénero de socialización y subjetivación que, aun siendo correspondiente hegemónicamente con el masculino, incluiría también rasgos de la feminidad. Esto se explicaría por las condiciones del capitalismo posfordista, que exige identidades coactivamente flexibles. Para Scholz, la posmodernidad vuelve obsoleta la clara distinción entre la feminidad y la masculinidad, en la medida en que el imperativo de adaptación flexible, característico del capitalismo actual, se hace extensible hasta la propia identidad.

Aquí Scholz señala, como hace de otra forma Nancy Fraser, una coincidencia histórica entre la exigencia neoliberal de flexibilidad para la integración social y la centralidad que adquiere la política de la identidad en el movimiento feminista, basada en la idea de que la emancipación se logra mediante la pluralidad de identidades sexuales y de género liberadas de las coacciones normativas hegemónicas. El límite de esta expectativa emancipadora se sitúa en la creencia de que la transformación de la identidad pueda estar a disposición de la voluntad de la mayor parte de la población, dando lugar a una diversidad realmente libre. Esto es, que la normatividad binaria y heterosexual sean constructos socio-históricos, que devienen normativos y coactivos, no quiere decir que los modos de socialización y subjetivación que los condicionan estén a la mera disposición de la voluntad de los sujetos. Por ello, Scholz insiste en que el carácter patriarcal de nuestras sociedades tiene su fundamento en la socialización del valor.

No obstante, a partir de ahí, Scholz acusa al feminismo queer, de manera algo injusta, de que el proyecto de crítica de las identidades binarias y heterosexuales mediante prácticas performativas contra-normativas es impotente porque coincide precisamente con un proceso de deconstrucción real fundado en la doble socialización. En los juegos de rol del movimiento queer dice Scholz “la caricaturización desacredita algo que en sentido capitalista ya se ha vuelto obsoleto” (141). El problema aquí es que desde la propia teorización de Scholz no se deduce que las prácticas políticas movimiento queer sean contraproducentes para resistir a algunos ele-

mentos de la escisión del valor y de la lógica misma del valor. En este sentido, Scholz confunde el juicio a los postulados teóricos de la teoría queer con el juicio a las prácticas de los movimientos feministas transincluyentes⁶. Lo mismo ocurre con la crítica que hace Scholz a la centralidad que la categoría de cuidado tiene en algunos movimientos feministas.

Scholz critica que, en la apelación al cuidado como categoría central para una sociedad emancipadora, falta la crítica del trabajo abstracto y del valor. Esto es, lo imputable del reclamo del cuidado como principio de socialización emancipadora y resistente que hacen ciertos feminismos en la actualidad sería, para Scholz, el no haber comprendido, a partir de la teoría de la escisión del valor, que la empatía, el compromiso o la sensibilidad no constituyen un afuera total de la lógica del valor, sino su otro, su reverso necesario. No obstante, quizás aquí Scholz acaba tirando el bebé con el agua sucia, puesto que el desconocimiento de la teoría del valor y de la crítica de la escisión no implica de suyo que las demandas y prácticas políticas que se derivan de poner en el centro del cuidado y la vida frente al capital no puedan constituir formas de resistencia al capitalismo o poner en práctica pequeños cortocircuitos de la lógica del valor. En este sentido, Scholz, como otros miembros de la crítica de la escisión del valor, proyectan el juicio analítico de los postulados teóricos de los movimientos sociales y políticos sobre sus prácticas. Y, al mismo tiempo, no ofrecen ninguna teoría de las mediaciones entre la teoría y la praxis que permita partir de los modos de socialización y subjetivación realmente existentes como condiciones para praxis transformadora –que ponga en práctica la crítica categorial–, puesto que, como muestra la propia teoría de la escisión del valor, los sujetos reales se constituyen según esos modos, pues no hay otros.

La propia teoría de Scholz podría encontrar dificultades para explicar en qué sentido en la actualidad, tras las sustantivas transformaciones de las relaciones de género –incorporación de la mujer al ámbito profesional, mercantilización de las actividades reproductivas, feminización del trabajo, masculinización de los modelos de empresaria de sí, etc.– lo femenino permanece escindido de la lógica del valor, sin ser susceptible de ser integrado en los principios de la valorización. La respuesta de Scholz es sencilla, puesto que había definido lo femenino como lo “otro” de las cualidades materiales, simbólicas y psíquicas vinculadas a la lógica de la valoriza-

⁶ De hecho, Scholz reconoce la existencia de una resistencia conservadora a la exigencia de identidad flexibles en el actual capitalismo neoliberal, cuando menciona que la demanda del ser humano flexible se topa con la defensa feroz de identidades tradicionales de clase, género o nacionales.

ción. Pero esta decisión teórica pasa por excluir de la feminidad moderna elementos de control, vigilancia y coerción vinculados a las tareas de las mujeres como garantes de la interiorización de la disciplina fabril y educativa de la fuerza de trabajo presente y futura. Igualmente, la explicación de las tendencias actuales a la incorporación de aspectos vinculados a la emocionalidad en las formas de gestión del trabajo, no solo del sector servicios, también del fabril productivo, conduce en Scholz a la crisis de la lógica del capital.

En esta línea, Scholz ofrece una respuesta coherente con un aspecto fundamental de la crítica del valor: el desarrollo histórico de lo que consideran la crisis inherente al movimiento del capital. Para Scholz, el capitalismo está entrando en una fase terminal, en la medida en que la contradicción interna de la lógica de la valorización se está topando con sus propios límites. La contradicción procesual, que menciona Scholz en el libro a partir de los análisis de Robert Kurz del capital como proceso global, consiste en que el incremento de la sustancia material del valor –la riqueza concreta– acontece al mismo tiempo que decrece globalmente la sustancia del valor –la riqueza abstracta–. La crisis surge así de una contradicción inherente al movimiento del capital: la tendencia a la desvalorización del valor, en tanto que desustancialización del capital y obsolescencia del trabajo abstracto (177). Sobre esta problemática se puede consultar el libro de Kurz *La sustancia del capital*, recientemente publicado en castellano (Kurz, 2021).

Esta tendencia a la crisis –conjurada temporalmente durante el periodo fordista con la expansión del monto total de mercancías producidas– se habría acrecentado con el reciente desarrollo tecnológico y la informatización de los procesos productivos característicos de la revolución de la microelectrónica, la tercera revolución industrial. En este sentido, para entender los análisis de Scholz sobre la evolución histórica del patriarcado productor de mercancías, es recomendable que el lector tenga en cuenta que la teoría de la escisión del valor es indisociable de la teoría de la crisis tal y como la plantea la crítica del valor. En el texto “Tras Postone. Sobre la necesidad de una transformación de la crítica del valor fundamental. Moishe Postone y Robert Kurz en comparación –y la crítica de la escisión del valor–”, Scholz ofrece una sucinta explicación de la teoría de la crisis de Robert Kurz contrastándola con la lectura de la crítica de la economía política de Moishe Postone⁷.

⁷ Publicado originalmente en alemán en el número 12 de la revista *Exit!* en 2014 y traducido al castellano para la edición de este volumen por Pablo Faúndez Morán.

Precisamente, uno de los elementos que Kurz criticaría del pensamiento de Postone es que no ha captado la contradicción interna al movimiento de capital, que se da entre el incremento del número mercancías producidas y el decrecimiento de la masa total de plusvalor generado. Dicha contradicción se manifestaría en crisis recurrentes de acumulación de capital, así como en formas de generar ganancia a través de trasvases de valor sectoriales, como son las burbujas del mercado financiero, los empleos del sector servicios o las externalizaciones, etc. Scholz sostiene que Kurz ha podido comprender la teoría de la crisis supuesta en la obra de Marx porque ha considerado el despliegue de la crítica categorial desde el movimiento del capital global –atendiendo a los análisis del libro III de El capital y no solo, como Postone, a los del libro I–. Según Scholz, esto permite situar al plusvalor de nuevo como una categoría central, pero no solo como la base de la crítica de la explotación del trabajo por parte del capital y el conflicto de clases, sino sobre todo como núcleo explicativo de la crisis inherente al desarrollo histórico de las fuerzas productivas que, por imperativo de la competencia, merma el monto global de nuevo valor generado.

Es precisamente la crisis del trabajo abstracto –y de la acumulación ampliada de capital– lo que, para Scholz, habría llevado a que el patriarcado se volviese mucho más salvaje en las últimas décadas. Con la revolución de la microelectrónica y el desarrollo tecnológico el trabajo abstracto no solo se reduciría a nivel global, sino que además volvería obsoletas algunas características masculinas que, sin embargo, siguen siendo hegemónicas a nivel cultural-simbólico, material y psíquico-social (78). La base patriarcal de la relación de valor no desaparece, pero deviene más precaria y superflua en la medida en que feminidad y masculinidad no pueden identificarse fijamente con mujeres y hombres (75).

La precarización de las condiciones laborales, el incremento del trabajo informal, los procesos de empresarialización de sí, de externalización y subcontrata no solo habrían transformado la estructura de clases sociales –propietarios y desposeídos de medios de producción– en una multiplicidad de situaciones dispares e individualizantes, sino que habrían socavado los patrones tradicionales de subjetivación y socialización diferenciada según la masculinidad y la feminidad. Para Scholz, esto no implica la desaparición del patriarcado, sino su embrutecimiento. La globalización como efecto de la liberalización de mercados, la desregulación y el predominio de los mercados financieros, la transnacionalización del capital, la nueva división internacional del trabajo, los ajustes estructurales y recortes del gasto

social, la crisis fiscal y de deuda de los Estados, la desregulación del mercado laboral, la informalización del trabajo, el modelo de producción *just in time*, junto con la tecnologización e informatización de los procesos productivos, el aumento de las comunicaciones e información global, la crisis garantismo social o el aumento del consumo de masas, el aumento del desempleo estructural, del subempleo y de la economía informal: todos estos procesos son, para la crítica de la escisión del valor, síntomas del colapso civilizatorio que supone la crisis terminal del capitalismo. Todos estos fenómenos, que expresan la obsolescencia tendencial del trabajo abstracto -productor de nuevo valor-, no solo incrementan la tendencia fordista a la individualización y atonomización social, sino que además conducen a una nueva forma de patriarcado que se expresa en la crisis ecológica y de cuidados, así como al incremento de movimientos racistas, autoritarios, chovinistas, homófonos y machistas. La socialización basada en la competencia despiadada y el miedo al fracaso y la exclusión social, que funda la crisis del trabajo y del garantismo estatal, auspicia una nueva puesta en valor de la masculinidad, ahora vinculada también al papel de algunas mujeres profesionales y figuras de éxito con rasgos híbridos de masculinidad y feminidad.

En este sentido, Scholz plantea en este libro la hipótesis de que el carácter patriarcal del capitalismo en su fase postmoderna se manifiesta en una sustantiva crisis de cuidados y una crisis ecológica que amenazan la propia reproducción de la vida humana. Lo escindido de la lógica del valor, que tradicionalmente había sido fundamental para el sostenimiento de la vida en relación dialéctica con las determinaciones del movimiento del capital, se haría ahora más visible y vulnerable. Sobre lo escindido recaería ahora, no solo el peso del sostenimiento de la vida, sino también una amenaza cada vez más despiadada y violenta de exclusión. La crueldad se desplegaría paulatinamente sin cortapisas con lo asociado a la naturaleza, con lo escindido de la lógica del ahorro del tiempo, como son los elementos de la feminidad -lo emocional o irracional-, la racialidad no blanca -lo subdesarrollado o salvaje-, lo infantil o discapacitado -lo vulnerable e improductivo- o lo semita -como lo sobrecivilizado y parasitario-.

Los síntomas del embrutecimiento del patriarcado en la crisis actual del capitalismo se desarrollan especialmente en el quinto texto del libro, el último antes de la entrevista, “El coronavirus y el colapso de la modernización”, escrito junto con Hebert Böttcher, que ha sido traducido al castellano para esta edición. Un texto breve en el que se muestra cómo en la crisis generada por el coronavirus han sido

resuelta principalmente las mujeres, encargadas de gestionar la vulnerabilidad vital en el medio de una crisis social, sanitaria y económica, que ha castigado con mayor rudeza a los más desfavorecidos (115). La crisis ha afectado de manera mucho más violenta a la población “sobrante”, a los excluidos de manera sistemática del empleo, el emprendimiento o el garantismo estatal. Este texto muestra otra faceta teórica de Scholz, que son sus análisis de las transformaciones –según el desarrollo histórico del capitalismo– de las modalidades de integración y exclusión social, del conflicto de clases y la estratificación social y, finalmente, de las disposiciones sociopolíticas de las clases medias en crisis. Las aportaciones de Scholz a estas cuestiones son realmente relevantes y se pueden sonsacar de algunos de los textos de este volumen –cuando se refiere, por ejemplo, a la crisis del bienestar fordista y el paso a una socialidad basada en la lucha por la supervivencia, en relación con la crisis de los cuidados y ecológica–. Ojalá esta edición de *Capital y patriarcado* pueda suscitar el suficiente interés en el pensamiento de Scholz para que quepa esperar la traducción al castellano de más textos y libros de Scholz.

REFERENCIAS

- S.a. (2013): “The logic of gender. On the separation of spheres and the process of abjection” en *Endnotes 3. Gender, Race, Class and Other Misfortunes*, 2003. Versión online: <https://endnotes.org.uk/issues/3/en/endnotes-the-logic-of-gender>
- KURZ, Robert (2021): *La sustancia del capital*, Madrid: Enclave de libros.

Cristina Catalina
c.catalina@ucm.es